

Ejercicios Volpianos

Por: Ignacio Padilla

Especial para Ateneo

He perdido la cuenta de los viajes que, a lo largo de tantos años, he compartido con Jorge Volpi, en todos tan sencillos como inolvidables. Poco, sin embargo, logré perfectamente el primero de ellos, la vez y al mismo tiempo tan lejos en nuestra memoria conciencia que hoy casi parece un inventario de la imaginación desatada de Heraclito, de Paloma o de Urzúa.

Cuando Jorge y yo nos entrevistamos aquella vez en el acogedor de Uriel -por esa época vivía yo en el 16 de la avenida de Swazilandia-, ninguno de los dos estaba seguro de qué iba a traernos a hacer con tanto deseo de escribir. Otra recordar que Jorge había llegado al Ateneo, echarlo por uno de esos accidentes del destino que aún ahora insisten en regir nuestras vidas. S. J. Hernández Rosalba dirigió en aquel entonces un brillante proyecto editorial llamado *Los ejercicios de Tío*, cuando intentaba casar los compones de Bruno Urdapilleta, traducidos, cesco u ego, por Guillermo Fernández, y inspirados en autores asirios y africanos de apellidos impronunciables y pocas veces escritos bien. Jorge, que nunca ha demasiado entusiasmado a los proyectos literarios de Rosalba, había tenido sin embargo la osadía de sugerirle su acompañamiento a Ygor Soares, su entonces cuñado, en un viaje africano cuyo propósito era la búsqueda de nuevos autores para el catálogo de Rosalba Tío. Que yo sepa, ningún resultado tuvo de aquello más que resultados tan dudosos como sus objetivos, más no cabe decir de que, al menos en numerosas fotografías, la estancia keniana de Jorge tiene aun mucha liga por dormir.

Nos hicimos conocidos varios años atrás, en una adolescencia, gracias a la influencia, siempre generosa, de Pedro Ángel Palou. Esto último era entonces una mezcla escondida de niño genio y titiritero o provocista que amenazaba las infancias con un depositario de moriratos oigno de mejores causas. Jorge habría conocido a Pedro por la amistad que unía a los padres de ambos: dos tipos del Asociación Clínica de la Sociedad Industrial que yo, devoto como soy de las marchitas, subí la ferida a fortuna de encorvarme con Pedro en las numerosas fiestas infantiles a las que tuve que asistir en mi prolongada infancia cohonda. Un día, Pedro me llevó para decírmelo que había conocido al escritor más culto público de México y organizaron entre nosotros un encuentro expositivo e hilandero cuyos pormenores constan en mi memoria.

Volvieron al África, Jorge me nubó, rechazo saber de su viaje de manera inclinada y sin

darme muchomargen para aprovecharlo. Pude, no obstante, coincidir con él en Nairobi después de un viaje largo cuyos pormenores lo pretribuló chido. Para mi sorpresa, Jorge se había convertido el pelo renunciando a la proverbial melena que le caracterizó durante nuestros años en bacillerato. En cambio, pudo constatar de inmediato que aún conservaba los extensos paseos literarios que me contaron, creyendo, su escritura anterior. En esa ocasión, llevaba bajo el brazo sus eternos ejemplares de La Iniciación de Cidra, de Tomás de Kempis, y Los ejercicios espirituales, de San Ignacio, libros amigos por los que Jorge siempre mostró una devoción casi enfermiza. En cuanto nos vimos, siempre hija la luminescente sonrisa de Suárez, me confesó que había presentado con éxito su examen para ingresar a Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional. Por extraña que parezca a hoy, la noticia no me sorprendió, y si bien Jorge cambió luego sus diez grises para ingresar a la Facultad de Derecho, siempre me ha parecido que su avidez yanquiánica por la ciencia y por todo aquello que lo entusiasme el paseo distanciando de la literatura, fueran y siguen siendo uno de los principales motores de su talento como escritor.

Este verano, juntos en Nairobi durante tres días, en los cuales, justo es decir, el poeta Ygor Soares tuvo que arreglárselas sin nosotras en sus pesquisas literarias. Más allá de ser buscados que a buscar, Jorge y yo nos ocupamos trillando en una serie de viajes y desencuentros que culminaron de la forma más posible, cuando llegamos por la curiosidad por la mala suerte, formábamos sin saberlo en un mercadillo de las alusiones donde Jorge, incapaz de traducirnos, naturalización de fotografía fríamente y correspondiente, se quería, recordó a remontar a los nativos que transitaban por el lugar. En cierto momento, un grupo de guerreros valientes se apresó rápidamente para exigirnos que les pagásemos la supuestísima una cuota fotográfica más bien inmodesta. Resunciendo a su proverbial prudencia, Jorge se subió a su bicicleta a punto y recorrió a todas las alusiones que conocía en los más variados idiomas hasta que se situó en el mercado un santo ánfora de padre y señor mil que dio con nuestras huesos en la comisaría local. Comenzaron a incriminar Jorge para començar de nuestra inocencia a los autorizados kenyatas, lo que que aún no sabía de explícito. Lo único que recordó es que uno de los chicos que esa tarde nos subieron en regalito "nuestras pertenencias y quedaron con dentro la pequeña edición de los ejercicios

ignacianos que por tantos años alucinó mi conciencia de faigas. En cuanto a live en sus manos, el homenaje sonrió con desmesura, nos miró radiante y me dijo en secreto: "Nos quedamos con esto y ya vas". Por un momento temí que Jorge colviese a car las innumerables reacciones de rotección de Iba que había hecho gala ante los querentes al fiancé. Me equivocé: en el mismo entusiasmo de nuestro capitán, Jorge accedió a perder su invaluable ejemplar y al poco tiempo volvimos al hotel donde Soares nos aguardaba al pie del infante. Cuando Soares nos preguntó donde habíamos estado, Jorge simplemente respondió: "Evangelizando". Y con esto de por cumplido su doctor se explicó nuestra desaparición a su jefe y cuñado.

Han pasado casi quince años desde ese día. Jorge ha sufrido a sufrir sus ejercicios ignacianos y a su viaja clandestina con ellos como si superase que en cada querido momento a quien más lo soltó sin su sombra. De aquella experiencia, el mal no recuerdo, surgió aquel proyecto de novela colectiva que, dos años más tarde, elaboramos conjuntamente con Uriel, y que salió por Iba o, a coreográfica frase de El agua que no borbotea. Rosalba Vergara dejó en su honor la posibilidad de publicarlo en Las cuadernas de Iba, no sé si porque la colección estaba ya al borde de la cueva, o simplemente porque nunca le dada al roce como ni perdió a su hermano menor los potentes resultados de su viaje africano. Como quiera que haya sido, la novela vio la luz y finalmente la Luz gracias a los burbujeos de Luis Mario Schneider, y bien su crecimiento ante críticos y lectores fue prácticamente nula, ni siquiera a decir que fue ahí donde surgió en realidad nuestra amistad estremecida literaria. Tengo algunos ejemplos de esa obra unido a misa taro, hago alguno y anteceso descubro o recuerdo que Eloí modificó su estilísticamente varios pasajes tanto cejazos inconcebibles. Por un finito, Jorge volvió a dejarle el pelo largo, para su convienda con los abogados terminó con darle ese aspecto fo mal y esa retorta caída sa que hoy lo caracteriza. Estoy seguro, no obstante, que Jorge no ha dejado de ser ese adicto a su melancolía y devoto de San Ignacio de Loyola con querer bautizó a gallos, monos y con sortes de África. Me hace gracia cuando lo preguntan sobre sus influencias literarias y él menciona sin ambages a Mann o a Pessoa. Bien es verdad que otros escritores en el mundo han ido a aquello otros con la inteligencia y el rigor de Jorge, pero su secreto, vaya si lo sé, está en esa devoción nroca, tan llena hacia los rigores, los misterios y la vida del santo de Loyola.

Ejercicios volpianos [artículo] Ignacio Padilla.

AUTORÍA

Padilla, Ignacio, 1968-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ejercicios volpianos [artículo] Ignacio Padilla.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)